El aporte de Arturo A. Roig al filosofar contemporáneo[1]

HORACIO CERUTTI GULDBERG
UNAM (México)

Antes de comenzar propiamente nuestra exposición no podemos menos que compartir con ustedes algo que nos vino a la mente después de releer y corregir varias veces este pequeño texto. Se trata de un fragmento que reiteraba el Maestro José Gaos en sus *Confesiones profesionales* y que no nos resistimos a reproducirlo aquí a modo de epígrafe, porque salvadas todas las distancias y *mutatis* todo lo *mutandi* da cuenta de algo que hemos experimentado reiteradamente respecto del querido amigo y Maestro que hoy nos convoca.

> "Así, ya no sé si tal idea que pienso, si tal razonamiento que hago, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte y después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen"[2].

Esta constatación, expresada en las palabras de Gaos, conlleva, por cierto, otro riesgo. Y es que pudiéramos inopinadamente atribuirle a él ideas nuestras. ¡Tan entrelazadas están, por momentos, nuestras reflexiones!

Sería muy difícil, si no francamente inviable, cumplir al pie de la letra y de manera exhaustiva lo que indica el título de nuestra exposición. Con todo, hemos querido mantenerlo con la intención de poder, quizá, sugerir algo de la riqueza del pensamiento de nuestro homenajeado y, eso esperamos, brindar algunas pistas que pudieran alimentar una lectura fecundante de sus obras. Insistimos, fecundante porque se trata de colocarnos en la mejor posición asequible para quedar en condiciones de aportar a las tareas comunes y colectivas pendientes en momentos tan álgidos como los que (sobre) vivimos actualmente. Y lo hacemos a sabiendas de que siempre suelen ser momentos así. Por lo tanto, la reflexión no puede quedar ni distraerse en meras contemplaciones o admiraciones, con todo y lo relevante que sean estas dimensiones.

---

[1] Intervención en el Coloquio Internacional "Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig", organizado por el Centro Franco Argentino de Altos Estudios / INCIHUSA, CONICET y Facultad de Filosofía y Letras de la UNC, Mendoza, Argentina, 13-15 agosto 2008.

[2] Gaos, J., *Confesiones profesionales*. México, FCE, [1ª ed. 1958], 1ª reimpresión 1979, pp. 74-75.

Así nos lo ha enseñado, en palabras y hechos irrebatibles, el mismo Maestro y amigo cuyo homenaje hoy nos convoca en esta tierra del sol y del buen vino[3].

Cuatro experiencias, sin duda, no exclusivas ni excluyentes, son relevantes para apreciar en su contexto de finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta del siglo pasado la tenaz dedicación ulterior del joven Arturo Roig al filosofar nuestro. Su servicio militar, el grupo de colegas con quien le tocó compartir el comienzo de su actividad docente de nivel superior en la Facultad de Filosofía y Letras de la recién creada Universidad Nacional de Cuyo, el Congreso Internacional del año 49 y su estancia como becario para trabajar la obra de Platón en París entre 1953 y 1954. Como él mismo lo ha compartido, estas experiencias fueron, desde distintas vertientes, hitos relevantes. Marcaron, en ciertos sentidos y para cada caso, un antes y un después. Sólo por dejar constancia de algunos detalles significativos en relación con ellas, pensemos en lo que pudo significar el conocer por dentro, por así decirlo, durante tres años al ejército, suspendiendo mientras tanto obligadamente su carrera; recordemos la fecunda y fraterna amistad con Mauricio López; el conocimiento personal del gran maestro Nicola Abbagnano, la cual daría lugar a poner énfasis en la razón y su uso crítico, o el encuentro en París con el querido amigo común ya lamentablemente fallecido Ricaurte Soler, el filósofo panameño que investigaba en esos años al positivismo argentino, lo cual reforzaría el propósito de volver a lo nuestro. La experiencia francesa fue muy productiva en múltiples sentidos.

El estudio cuidadoso de la obra de Platón, bajo la sabia orientación de Pierre Maxime-Schuhl, resultó decisivo como un ejercicio fecundo de idealismo, del cual el mismo Arturo diría posteriormente que no hay por qué arrepentirse. Nosotros nos atreveríamos a añadir más. Habría que estar orgulloso por el grado de escalones epistemológicos que ese ejercicio de idealismo permitió avanzar. En fin, el Arturo Roig que regresó de Francia lo hizo con la convicción de que prestar atención al desarrollo intelectual propio era fundamental. Aquí comenzaría una labor en círculos concéntricos —por sugerirlo metafóricamente—, que se iría ampliando hasta colocarse, a fines de los sesenta y, sobre todo, en los setenta del siglo pasado en una convergencia muy fructífera que deseamos inicialmente resaltar. Del estudio acucioso de las expresiones intelectuales de su Mendoza natal —casi no estudiadas ni atendidas hasta que él da inicio a esa labor de manera sistemática y centrándose, por razones obvias de abundantes fuentes disponibles, en el siglo XIX—, pasaría a la producción argentina y rioplatense, para culminar incorporándose de manera protagónica al filosofar regional de nuestra América. En todo caso, en los difíciles años ’70 del siglo pasado para este país, Arturo ya estaba plena y explícitamente inmerso en la reflexión latinoamericanista. Probablemente esta ubicación personal le brindaría las energías indispensables para enfrentar los avatares que en esos años hubo que afrontar individual y colectivamente. En todo caso, nada, ninguno de

[3] Un estudio del conjunto de su producción lo hemos efectuado en nuestro libro terminado en 2006, el cual nos hubiera gustado presentar aquí, pero todavía se encuentra en trámites de edición: *Filosofando y con el mazo dando*. Al él nos remitimos para referencias bibliográficas y exámenes pormenorizados imposibles de efectuar en esta exposición.

esos obstáculos detendría la productividad intelectual y su dedicación al trabajo se mantendría siempre disciplinada e intensa, con frutos cada vez más aportativos para el esfuerzo compartido y con trascendencia socio-política explícitamente buscada. ¿Cuestión de disciplina intelectual, de vocación personal, de compromiso ideológico político? Quizá todos estos elementos reunidos y reforzándose mutuamente, junto a la lucha por la subsistencia en el día a día.

Se hallaba entonces, por fin, integrado, de modo muy específico, a dos articuladas tradiciones disciplinarias de amplia repercusión en la región, conocidas como: Historia de las Ideas y Filosofía Latinoamericana. La primera se desarrolló de manera muy intensa a partir del primer tercio del siglo pasado en la región y se caracterizó por poner el énfasis en las circunstancias en que se producían las ideas. Además, las ideas filosóficas constituyeron el objeto privilegiado de atención, justamente por su capacidad para brindar sentido al todo cultural nacional-regional en que se las veía insertas. También el enfoque generacional fue relevante en aquellos esfuerzos de consolidación de la disciplina. Por su parte, la Filosofía Latinoamericana enfatizaba el enfoque regional, la necesidad de hacer frente al compromiso coyuntural por parte de los intelectuales (filósofos) en un esfuerzo por responder a las demandas de la hora, al tiempo que reivindicaba la creatividad de quienes desde la región intentaban filosofar; se afirmaban como filósofos. El énfasis recaía así en dos temas ejes: la identidad y la integración. De este modo, a un cierto énfasis culturalista se unía el vitalismo circunstancialista orteguiano por parte de la historiografía de las ideas; mientras que del lado filosófico, el existencialismo sartreano se articulaba al historicismo para dar lugar a preocupaciones típicas de la filosofía de la historia y de la filosofía de la cultura. Los desafíos de la filosofía analítica, de la fenomenología, del personalismo y los primeros atisbos críticos al desarrollismo, bajo la forma de una teorización acerca de las situaciones de dependencia, empezaban a aflorar a fines de los sesenta para, ya a inicios de los 70, impulsar propuestas que apostaban por diversas formas de ruptura liberacionista con esas situaciones y, por supuesto, retomando los anticipos revolucionarios de décadas anteriores, tanto los frustrados como el caso cubano. En ese contexto también el estructuralismo hacía su entrada pretenciosa y hasta prepotente en los ámbitos académicos de la región, junto a atisbos del marxismo cultivado en otros espacios sociales, los cuales comenzaban a incidir en las universidades de modo irreversible.

A mediados de estos setenta, a los que estamos haciendo referencia, cuajará en el pensamiento de Arturo Roig un giro significativo y muy complejo. Proveniente del estudio de la filosofía griega clásica, particularmente de Platón, deudor de los mejores esfuerzos del neokantismo, conocedor cercano del krausismo en sus expresiones más significativas, enfrentado al escolasticismo y al neotomismo institucionalmente hegemónico, Arturo procedería a dar un paso decisivo. Este giro se conoció y así lo hemos adjetivado como lingüístico y, si bien lo es sin lugar a dudas, no resulta suficiente esa designación para aprehender la riqueza de sus variadas facetas. Es un giro semiótico, ideológico, simbólico generador y acelerador para la obra de nuestro homenajeado y para el filosofar surgido a partir de allí desde la región. Y es que la dimensión discursiva pasará a constituirse en el eje de la reflexión. Discursividad siempre situada en el seno del conflicto social y cargada de valoraciones, tomas de

posición, autoestima del propio sujeto filosofante, reconocimiento de su condición previa de sujeto social, etc. Lo cual implicará, también, como no podía ser de otro modo en quien reflexiona desde la historia y hace labor historiográfica partiendo de la filosofía, lo que se conoció como "ampliación metodológica" en el área de la Historia de las Ideas. En todo caso, esto significaba un reforzamiento de la base antropológica de la reflexión, un mejor situarse en la conflictividad social, un ubicar más acabadamente las dimensiones articuladas del discurrir y del hacer individuales y colectivos, un articular lo local con lo nacional y lo regional, desde un historicismo que no pone el acento tanto en la necesidad, sino en los protagonistas —sujetos sociales (no podría ser de otra manera)— que desde la inmanencia del proceso son siempre capaces de producir novedades inéditas. Perceptibles se harán, por tanto, las dimensiones de contingencia y hasta de azar en el proceso histórico, donde lo utópico cumple papeles decisivos, paradójicamente frente a las interpretaciones corrientes, porque evita la fuga de la historicidad y articula la dialéctica intrínseca del proceso.

Al mismo tiempo, significó un ir poniendo en cuestión, en tela de juicio las interioridades, los matices y los enredos —para decirlo de una buena vez— a que suelen conducir dos subdisciplinas filosóficas (si se nos permite aludirlas así) como son la filosofía de la historia y la filosofía de la cultura. Subdisciplinas sumamente visitadas y permanentemente enarboladas en la región. Y, debemos subrayarlo con toda fuerza, sumamente recargadas de ideologizaciones, las más de las veces inadvertidas por sus mismos sostenedores, en su fuerza enajenante y alienadora. Con esto no quisiéramos llegar a sugerir la estrafalaria idea de que no conviene pensar la historia y/o la cultura o filosofar sobre ellas y desde ellas. Por el contrario, lo que queremos dejar insinuado aquí es que ni las filosofías de la historia ni las filosofías de la cultura en sus permanentes derivas categoriales, muchas de las cuales no dejan de ser seductoras, suelen hacerle justicia a esas dos dimensiones irrenunciables del acontecer humano. En todo caso, Arturo se proveyó (y, de paso, nos proveyó) de ciertos valiosos instrumentos conceptuales para avanzar con más pertinencia en estos terrenos tan escabrosos.

No vamos a consignar aquí toda esa terminología técnica muy apreciada, que seguramente aflorará en las contribuciones de estos días. Lo que queremos es insistir en que sus estudios de aquellos años pusieron el dedo en la llaga para permitir (re)afirmarnos como interlocutores válidos, reconocer las complejidades de nuestra propia producción discursiva sin descuidar la conflictiva social en la que se genera, apreciar las emergencias y demandas colectivas como estribos sin los cuales el filosofar se torna pura especulación para no decir directamente *flatus vocis*. El habla, nuestra habla, se sintió así justificada plenamente para ejercerse en plenitud, sin falsos rubores, sin pena propia o ajena, sin reiterados y abrumadores recursos de autoridad. Pero y quizá lo más relevante, sin desconocimiento de antecedentes, para evitar pretenciosos descubrimientos del Pacífico o del agua tibia... Así, en una modalidad no ajena a la fecunda recepción de ciertas tradiciones neokantianas, la expresión se ubicó en el centro de la atención, como proceso generador sin el cual no hay pensamiento.

Todo esto coincidió, claro, con el florecimiento del pensamiento de la liberación en sus múltiples manifestaciones en ciencias sociales, historiografía, pedagogía, teatro, teología, filosofía, psicología, con todas sus tensiones, ambigüedades, enfrentamientos

y limitaciones. Pero, también, con todos sus aportes e intentos de avanzar hasta el día de hoy en la consecución de una sociedad más digna y más humana. A lo cual se han unido expresiones surgidas con posterioridad y que brindaron ocasión para definir con más precisión posturas y enfoques. Se ha querido ver en esto, en no pocas ocasiones, meramente manifestaciones polémicas producidas, casi por el mero gusto de polemizar o de esgrimir ofensivos argumentos *ad hominem*. No ha sido así. O, al menos, no ha sido así en todos los casos. La obra de Arturo, a la que nos circunscribimos en esta ocasión, ha mostrado suficientemente lo fecundas que pueden ser esas polémicas enfrentadas con rigor, respeto y pertinencia. Sin renunciar a ejercer la crítica y, sobre todo, a la autocrítica. Lo cual no puede menos que redundar en creatividad, si se lo hace con convicciones sólidas y arriesgando todo al poner sobre la mesa sin aspavientos y con gran precisión los argumentos que sostienen las propias posiciones, al tiempo que se examinan con todo cuidado los que soportan las posiciones contrarias.

Quisiéramos recordar a continuación, de modo muy apretado, algunas de estas valiosas consideraciones que han ido surgiendo de estas diferencias argumentativas, sin ningún afán conclusivo al respecto. Muchos de estos debates tuvieron que ver con las respectivas modas que suelen asolar los ámbitos académicos y ya sabemos que las rutinas academicistas suelen subordinarse, paradójicamente, a las modas, las cuales irrumpen como oleadas tsunámicas (¡vaya terminajo!) dejando poco en pie. Pero, consolidando rutinas repetitivas, poco creativas, consolidando la burocracia administrativa sobre la actividad intelectual. Aunque, y mucho más importante, estos debates se produjeron también, en no pocos casos, en medio de situaciones políticas abrumadoras: dictaduras, consiguientes exilios, enfrentamientos de múltiples tipos con inimaginables desatinos frente a la dignidad humana. Es en esos contextos donde se renovó la exigencia del filosofar. No podemos detenernos a examinar aquí acontecimientos y contextos muy importantes en relación con las experiencias en Quito, México, nuevamente Quito y, finalmente, el retorno a Mendoza. Todas ellas dejaron huellas indelebles y específicas en el pensamiento de Arturo, que sería imposible caracterizar acabadamente en esta exposición. Con todo, no podemos menos que anotar algunos tópicos para ulterior elaboración, sobre todo por su repercusión en estos debates. Nos referimos al estudio de la obra de Antonio Caso y las nociones de bovarismo y yuxtaposición, durante la estancia en México; la reformulación de la cuestión sobre la existencia de la filosofía ecuatoriana, las características del humanismo en el período colonial y la historia de las ideas sociales, durante la década quiteña y la reconsideración del pensamiento provincial y de autores clásicos de la filosofía antigua y moderna durante el regreso y la permanencia actual en Mendoza.

Frente a los heideggerismos ontologizantes exaltadores del Ser con todas sus secuelas evasivas de la historicidad concreta, no hubo más que reivindicar a los entes, de conformidad con una tradición bastante extensa de pensadores argentinos. Lo cual no pudo menos que conducir a exacerbar valiosas dimensiones del platonismo y a redundar en responsabilidad ante las coyunturas.

Frente a la descalificación de los relatos y a la pretensión de eliminarlos —¿ingenuamente? o no tan ingenuamente— mediante otros relatos que supuestamente no serían tales por no ser 'grandes', se trató de caer en la cuenta de que la narratividad es parte inherente de nuestra reflexión sobre y desde la historia, lo cual condujo a la

necesidad de revalorar las voces; todas las voces todas, como dice la canción. En su polisemia, en su polifonía, en sus discordancias, en sus niveles diversos de expresión, en sus diferentes cargas axiológicas.

Frente al peso peyorativo de las yuxtaposiciones a que supuestamente nos veríamos condenados, se impuso detectar a sus auténticos proponentes e identificar sus posiciones ideológicas, las cuales dotaban de sentido (o de sinsentido) lo que suponían o exponían como yuxtapuesto.

Frente a los etnocentrismos eurocéntricos (permítasenos la cuasi redundancia) no quedó más que reconocer nuestro lugar en la historia como interlocutores de pleno derecho. Además de abrirnos de veras a la búsqueda de antecedentes, que testimonian que nunca hemos dejado de pensar desde aquí o, si se prefiere, que siempre lo hemos intentado. Lo cual fue factible al colocar a la Filosofía de la Historia bajo la lente de la Historia de las Ideas o, lo que es otro modo de expresarlo, al dejar de ejercer la Filosofía de la Historia como si se pudiera hacerlo de un modo directo, despojado de autocontroles categoriales.

Ante los absurdos teluristas, según los cuales el determinismo terreno sería irremontable, hubo que procurar restaurar el auténtico carácter de los códigos culturales. Ello ayudó a desmontar las articulaciones arbitrarias de estos irracionalismos autodescritos y autocalificados como inexorables e insuperables.

Ante los culturalismos, que pretendieron zizaguear frente a los conflictos sociales para invisibilizarlos mediante un reduccionismo de todo el posible quehacer humano a un supuesto cambio de actitudes o de niveles de conciencia, se hizo menester desinvisibilizar los sustratos antropológicos protagónicos que subyacen a toda expresión cultural.

Ante la ethología de los ethólogos mixtificadores de la sabiduría popular y su exacerbación de presuntos núcleos míticos inmodificables, bastó quizá recordar el deplorable papel que cumplieron en las épocas de dictadura, procurando, sin lograrlo por supuesto, convertirse nada menos que en intelectuales orgánicos de esos procesos nefastos.

Ante la postulación dogmática de supuestos realismos, según los cuales a la realidad se accedería de modo inmediato, no quedó más que reconocer las mediaciones como el *habitat* sin el cual el pensar es impracticable. Mucho más si ese pensar se pretende crítico y liberador o, mejor, coadyuvante en los procesos de liberación.

Frente a los petulantes que pretendieron constituirse en la voz de los supuestamente sin voz, se impuso examinar críticamente el accionar de los caudillos populistas, quienes se han sentido y se presentan siempre como los auténticos formuladores de lo que en verdad re-formulan manipuladora y descaradamente.

Ante la pasajera moda (como todas las modas) de la sensibilidad postmoderna, nada de dar lugar a desalientos, mientras se le prestó la máxima atención a la filosofía de la historia que le subyace, oculta y, la mayoría de las veces, no explícita ni siquiera para sus propios proponentes. Debemos advertir que en nombre de la teoría se postulaba renunciar —en una especie de idiotismo— a la teoría para propiciar un desarme sumiso e inercial ante la dominación.

Frente a la manipulación frecuente del mestizaje, no descuidar la articulación de códigos culturales y el papel del lenguaje, de modo que afloraran las argucias de las

inculturaciones y se hicieran evidentes y hasta superables las ambigüedades de las interculturalidades no suficientemente rigurosas.

Frente a una emancipación pretendidamente restringida a lo mental, había que enarbolar y concretar cuanto antes la consigna de una Segunda Independencia. O, para decirlo en otras palabras, pasar de Alberdi a Martí, sin renunciar al primero (¿en una auténtica *Aufhebung*?)... O, para precisar más todavía si cabe, no restringirse a la práctica educativa, con todo y lo relevante que implica la pedagogía social, sino ejercer la política participativa y responsablemente.

Es difícil encontrar durante la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días quien haya ejercido el filosofar desde nuestra América cubriendo tal cantidad de flancos y aristas como lo ha efectuado nuestro homenajeado. La filosofía griega clásica, la historiografía, la epistemología, la axiología, la antropología filosófica, la ética, la estética, las filosofías de: la historia, la cultura, la política, la educación, etc. No podemos dejar de consignar algunos de sus principales aportes en ciertos campos no mencionados explícitamente o apenas aludidos hasta ahora en esta exposición. Nos referimos a la filosofía política, la ética, la estética y la filosofía de la educación. Y, por cierto, son campos en que los aportes surgieron también en medio de intensas y agudas contraposiciones de argumentos. ¿Ansias de omnicomprensión? ¿presuntuoso querer decirlo todo? ¿potencia de una tendencia a la construcción de sistema enmascarada bajo el impulso ensayístico? ¿o, más bien, generosidad de aportar aquello a que se va poco a poco accediendo con disciplina y esfuerzo ejemplares?

La democracia directa le aparecerá como complemento indisoluble de la democracia representativa, que puede derivar y hasta degenerar en delegativa y puramente formal. Siempre y cuando se la conciba, a la democracia directa, como concepto límite en el sentido kantiano y, por lo tanto, como un importantísimo criterio regulador del ejercicio participativo de la democracia. Por cierto, esta reflexión no se encuentra separada de la incompatibilidad radical entre capitalismo y lo que viene después, ese ámbito en el cual la democracia quizá pueda efectivizarse en plenitud, llámese socialismo o como se prefiera denominarlo.

No es poca cosa proceder a distinguir entre el conjunto de valores que articulan el deber ser paradigmático de los sectores hegemónicos y dominantes y aquellos que emergen de los sectores sociales que no se resignan a la dominación y que buscan de todas las maneras hacerse asequible la dignidad de que son merecedores. Así, la disciplina ética quedó reformulada y cuestionada de fondo la tendencia irresistible a recaer en la falacia naturalista. Quedó también reubicada la cuestión de una supuestas prioridad fundamentadora de la ética respecto de la lucha social por una vida más humana. Se hizo factible repensar las virtudes como energías viables en medio del dominio arrasador del darwinismo social y como un contrapoder también e indefectiblemente de caracteres ecológicos.

Por su parte, la estética repensada como impura adquirió una fuerza epistémica inaudita frente a las restrictivas visiones que la acotan a la adoración de lo supuestamente bello en sí. Las vanguardias reaparecieron en la plenitud de sus desafíos y quedó cuestionado a fondo el dislate de desarticular trabajo manual o corporal de trabajo intelectual o espiritual. Las metáforas fueron revaluadas en su poder cuestionador y

forjador de lo inesperado. Los realismos e idealismos ingenuos rebasados y la ficción reestablecida en su poder innovador.

Finalmente, no podemos menos que recordar el papel ejemplar de los intentos de reformas educativas planificadas y ensayadas a partir de un esfuerzo sostenido y orgánico por reflexionar sobre el papel de la pedagogía y de la universidad en nuestras sociedades. Papel que no puede institucionalizar la autoridad como criterio decisivo, sino que debe abrirse a la cooperación como disparador de las energías, capacidades e ingenios de cada uno y cada una de los y las que participan en tamaña tarea: nada menos que aprehender a pensar sobre el sentido mismo de nuestras vidas siempre compartidas y del mundo que nos rodea y en el cual podemos ser lo que somos y alcanzar a ser lo que deberíamos, podríamos y deseamos llegar a ser. El esfuerzo creativo debe ser impulsado y no puede cejar.

Si nos exigiéramos resumir en un tópico lo medular y nodal del aporte de nuestro filósofo, nos atreveríamos a decir, no sin temor y temblor, que se articula en torno al ejercicio dialéctico del pensar. Y queda pendiente, ni más ni menos, que esclarecer qué significa exacta y precisamente en su caso, el ejercicio dialéctico, del cual esperamos haber dado aunque fuera una probadita en esta intervención. Tarea imposible de efectuar aquí, pero que conviene dejar consignada como un pendiente muy relevante.

Dicho lo cual, no hemos encontrado nada mejor para poder culminar estas breves insinuaciones, que recordar unas muy significativas palabras, las cuales nos servirán para sugerir la potencialidad del aporte roigiano al filosofar nuestro y la fuerza provocativa de sus enseñanzas, a las cuales no hemos podido ni podremos sustraernos. Las pronunció el Comandante Ernesto Che Guevara en aquellos álgidos años sesenta, después de la temible crisis de los cohetes, en plena guerra por suerte fría, exigidos él y quienes lo acompañaban hasta extremos inimaginables por las urgencias de una revolución en marcha.

> "... lo más importante son *nuestras razones*, razones que identificamos con las de los países de escaso desarrollo, en su conjunto, motivo por el cual pretendemos darle valor de cierta *universalidad* a nuestros planteamientos [...] *Tenemos la obligación imperiosa de pensar, ¡imperiosa"!*[4].

[4] Che Guevara, E., "La necesidad de este libro" y "Versión de acta inédita 2 de octubre de 1964", *Apuntes críticos a la Economía Política*, Melbourne, Australia, 2006, pp. 32 y 351, subrayado del Che, cursivas nuestras.